

El Nobel de Literatura 2025

El precio de la gloria

ANÁLISIS

BASILIO BALTASAR



Nada podría ser más ofensivo que considerar una obra literaria como un constructo difícil. Y sin embargo el frecuente dictamen se cita como una sentencia inscrita en una lápida sepulcral. Como si la inteligencia estética del autor debiera someterse a la indolencia, pereza y aburrimiento de un lector desamparado que yerra buscando alivio y consuelo.

Lo que celebramos en la obra de László Krasznahorkai, cuando el año pasado le entregamos el premio **Formentor de las Letras**, fue precisamente el genio que palpita en sus novelas: la poderosa imaginación que desvela los mundos encubiertos, las esferas desapercibidas y el aliento seminal que expande las dimensiones inéditas de la realidad. Que nadie confunda la imaginación creadora con la ludopatía de la ilusión.

La ficción novelesca concebida por la emancipada imaginación literaria de László Krasznahorkai se niega a reducir la condición humana a su caricatura funcionalista y despliega la complejidad inédita de una existencia cabalmente intuida, tanteada y contemplada. El autor húngaro actúa, opera, como el orfebre de los mundos latentes, los que reverberan en el paisaje renovado por la mente imaginal. Podemos reconocer en la obra de László los méritos que atribuimos a lo que llamamos la novela revisitada: da forma narrativa a una temblorosa premonición, una sibilina conciencia, una extraña inteligencia.

La saturada producción de artificios culturales, fabricados para el consumo de una mu-

chedumbre adicta al inclemente surtimiento de la novedad, a las inagotables primicias digeridas según el modelo gástrico de la bulimia, conduce al colapso cognitivo a un confundido y extenuado público. La obra de László se deshace de semejante fardo y prolonga los orígenes de la tradición novelesca. En vez de reiterar los recursos narrativos de la congoja sentimental y consolar la distrofia vital del hombre desposeído, la novela revisitada por László desliza una inquietante sospecha y lleva al lector más allá de los límites sentenciados por las convenciones industriales de la cultura.

La epopeya literaria de László penetra las ofuscadas di-

mensiones de la realidad y emprende la misión que olvidó la novela contemporánea: renovar la primitiva vastedad del mundo.

Si algún lector acaso quisiera saber qué libro de László le conviene empezar a leer habrá que recomendarle no elegir. Sus títulos configuran una única obra y es en tal complejidad en la que debe sumergirse. Sin esperar nada a cambio.

El personaje que vemos hablar en *Ha llegado Isaías*, está apoyado en la barra de un bar, algo ebrio y agitado. Korin cuenta al desconocido que fuma impertérrito sentado en su taburete de qué modo tuvo lugar un cambio decisivo en la historia universal. Se pregunta

Korin, como hablando consigo mismo, por qué se extinguió la nobleza en el mundo y a dónde fueron a parar los nobles, los excelsos y magníficos. Uno de los misterios más singulares de la historia humana, dijo, fue la aparición y desaparición de la nobleza en la historia. Lo que nos condujo a esta situación, añadió, es el poder irrisistible

“Su poderosa imaginación desvela los mundos encubiertos, las esferas desapercibidas”

de la razón y fue la tormenta desencadenada por la razón lo que barrió todo aquello en que hasta entonces se había basado el mundo. El vuelco trágico de nuestro mundo, siguió diciendo Korin, no se debe a fuerzas sobrenaturales ni a juicios divinos, sino a un conglomerado incomparablemente repugnante de hombres. La Ilustración surgió como una fuerza fantasmagórica y les hizo comprender de golpe a los hombres que no existían ni dios ni los hombres, Y de este modo acabamos languideciendo en un mundo en donde “el precio de la gloria sólo puede ser la infamia”.

En la obra de László se despliega la ondulante perfrasis de una elíptica circunvalación, una parábola literaria que prende en planos narrativos solapados, abarcados por la simultaneidad del pensamiento analógico. Las resonancias, concordancias y simetrías que recorren su escritura conforman la singular geografía de un héroe revisitado. La memoria de un mundo impregnado por la tenue atmósfera de su onírica penumbra.

La totalidad que abarca la obra de László, su enigmática composición, la inmensidad existencial de la conciencia, la majestuosa magnitud de lo sublimado por el lenguaje, la soberbia engalanada por la escritura, pertenecen a la expectativa literaria que él ha revisitado y renovado en este momento de fractura, colisión y confusión del tenebroso tedio vital. La literatura de László conjura el miasma del despedazado relato contemporáneo y confirma el vaticinio de Adorno: “La injusticia que comete todo arte placentero y en especial el del puro entretenimiento va contra los muertos, contra el dolor acumulado y sin palabra”.



László Krasznahorkai, fotografiado en Marrakech el año pasado, cuando recibió el premio Formentor

BEGONA RIVAS

La publicación de la última novela de Woody Allen, *¿Qué pasa como Baum?* (Alianza Editorial) ha activado una rueda de entrevistas promocionales en las que, en vez de hablar de literatura, le han preguntado por Trump o los bombardeos israelíes de Gaza. Estas interferencias de la actualidad pueden arruinar una campaña y reducir la atención de medios importantes a un par de titulares. Unos titulares que, macerados en el sensacionalismo parasitario que readapta la información, atraen la curiosidad de un público al que la novela le importa un bledo. Allen no ha sido una excepción, y el hecho de que, refugiándose en el piloto automático de una ironía de circunstancias, haya definido a Trump como un actor notable y un tipo la mar de amable (fue uno de los cameos de la película *Celebrity*) y, para hablar de Israel, haya evitado las simplificaciones afirmando que “no podía aportar nada interesante” a un debate que hace décadas que dura, lo han con-

Woody Allen automático

Sergi Pàmies



denado como perverso equidistante sionista y cínico neoliberal. Son acusaciones que se suman a las que, contra las evidencias, se empeñan en mantenerlo en la lista de personalidades canceladas.

¿Satisface la novela las expectativas de los seguidores tanto del Allen cineasta como del Allen novelista? Relativamente,

Y es una satisfacción vinculada a una lealtad que, teniendo en cuenta la capacidad productiva de Allen, obliga a separar el grano de las obras maestras y los grandes textos de la paja, que no se puede analizar desde la lógica de la idolatría. Incluso los allenianos que llevamos más de cincuenta años viendo todas sus películas y leyendo todos sus libros debemos admitir, por pura coherencia con el sentido alieniano de la vida, que también las hay mediocres. *¿Qué pasa como Baum?* no es mediocre, pero pertenece a la categoría de obras automáticas en las que prevalecen el oficio y la mirada. Su argumento, con escritores mezquinos, mujeres fascinantes y triunfadores detestables, funciona siguiendo una inercia que desatiende las tramas que va proponiendo —el plagio, la cancelación, la creación como fuente de infelicidad—. Es como si el autor se cansara de sus propias ideas y, sabiendo que no le queda mucho tiempo, antepusiera la voluntad de, cual veterano corredor de maratones, llegar a la meta. Por el mismo precio,

Woody Allen tiene la deferencia de situar la acción en Nueva York y proponernos una ruta gastronómica. Una ruta que recuerda el Chumley's, un pub *speakeasy* del Greenwich Village y la *brasserie* Le Cirque, que cerraron. O que recomienda el Minetta Tavern de la calle Macdougall, un local precioso con, en su

Incluso los seguidores más acérrimos de Woody Allen admiten que a veces decepciona

carta, el exótico *lobster roll* con “lemon tarragon aioli” o los dumplings del Joe's Shangai, en Chinatown. O para una cita íntima o libidinosa (con consentimiento), la romántica *brasserie* Balthazar o el Bemelmans Bar, la coctelería del hotel Carlyle con música —es fácil imaginar de qué estilo— en directo.